

S E R M O N

PARA EL DOMINGO DECIMOQUINTO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Del temor de la muerte.

Cum appropinquaret portæ Civitatis , ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ , & hæc vidua erat , & turba Civitatis multa cum illa. Quam cum vidisset Dominus , misericordia motus super eam , dixit illi : Noli flere.

Estando Jesu-Christo cerca de la Ciudad , llevaban á enterrar á un muerto , hijo único de una viuda , á quien acompañaba un gran número de personas de la misma Ciudad. Habiéndola visto Jesus , se conmovió , y la dixo : No llores. San Lucas al cap. 7. v. 12. & 13.

Entre los varios objetos que movieron al Salvador de los hombres á vista del fúnebre aparato que se presentaba á sus ojos , sabels qual enterneció mas su corazon , y qual le pareció mas digno de su compasion ? Las imperfecciones y flaquezas que observó en aquella madre , que lloraba la pérdida de aquel hijo á quien acababa de arrebatár la muerte. Se compadece de la excesiva in-

clinacion que tenia á este hijo único ; de la poca sumision y conformidad que muestra á las órdenes de la Providencia ; de su infidelidad , que le hace mirar la muerte con sentimientos totalmente naturales y humanos ; se compadece , no solo de ella , sino de todos nosotros , que no vivimos en aquella disposicion perfecta que debe tener un alma fiel respecto de la muerte , y que por una cobarde timidez hacemos de ella un objeto de horror , quando podríamos hacerla asunto de nuestras mas grandes virtudes , y corona de nuestra vida. Esto es lo que Jesu-Christo llora : *Misericordia motus super eam.* Pues en esta compasion del Hijo de Dios reparo el dia de hoy. Intento justificarla , y manifestaros , que nada , con efecto , es mas digno de llorarse , que la preparacion del espíritu y corazon en que se encuentra la mayor parte de los Christianos respecto de la muerte. Nosotros en todo somos débiles , nuestra miseria se descubre en todo ; pero puede decirse que en este punto es excesiva. La imágen sola de la muerte nos conrtrista y nos espanta. Casi jamas pensamos en ella sin dolor , y no podemos oír hablar en este punto sin fatiga. Al menor peligro que nos amenaza , y á los primeros síntomas de una enfermedad que puede exponernos á este lance , nos atemorizamos , nos turbamos y nos desconsolamos. Pero yo quiero , hermanos míos , aseguraros contra estos sustos , precaveros contra estas turbaciones y desconsuelos ; y el medio es , hacer que tengais de la muerte ideas mas conformes á la Religion Christiana que profesais ; representáros la con un aspecto ménos odioso , que aquel con que la habeis mirado hasta aquí ; y procurar destruir , ó por lo ménos arreglar aquel temor sin límites ni medida , que os obliga algunas veces á extremos muy lastimosos. Virgen santa , Vos á quien Dios nos ha dado por protectora en el instante de la muerte , y á quien como á tal saluda la Iglesia todos los dias , alcanzadnos desde luego por vuestra poderosa mediacion los socorros que esperamos en aquella última hora , y admitid el respeto y obediencia que os ofrecemos , diciendoos : AVE MARIA.

Para proponeros desde luego mi designio, distingo tres clases de personas que temen la muerte. Las primeras la temen por un espíritu de infidelidad, y estos son los Libertinos y Ateístas. Las segundas la temen por una pasión grande que tienen á los bienes de esta vida, y estos son los mundanos, ambiciosos, interesados ó voluptuosos. Las terceras la temen por un afecto natural; y estos son generalmente todos los hombres, sin exceptuar los sábios ni los Christianos. Tres principios en todo diferentes, infidelidad, inclinacion al mundo, y afecto de la naturaleza; pero influyendo en almas débiles, producen en ellas unos mismos efectos, y causan, aunque de diversos modos y por diversos motivos, los mismos temores de la muerte. Los que la temen por infidelidad ó pasión grande á los bienes de esta vida son los mas culpables; y los que la temen por una aversion natural, son mas dignos de excusa; pero á unos y á otros se les puede compadecer en su estado, y dan motivo á la compasion de Jesu-Christo y nuestra. Los Libertinos y Ateístas temen la muerte porque como no reconocen mas vida que esta, se persuaden á que todo muere y se acaba para ellos, en el instante mismo que mueren; y esta es una infidelidad que se debe detestar. Los mundanos temen la muerte, porque aman el mundo, y sáben que la muerte los separa de él; y de esta pasión por el mundo es menester desprenderse. Todos los hombres en general temen la muerte, porque la naturaleza por sí misma repugna esta violenta separacion de alma y cuerpo: y este es un sentimiento humano que debe corregir la Religion. Escuchad, pues, tres proposiciones que dividirán este discurso. Nada es mas funesto que el estado del ímpio y del libertino que teme la muerte, porque ha caído en el desorden de la infidelidad: esta es la primera parte. Nada es mas digno de llorarse, que el estado del mundano, que teme la muerte porque está apasionado por el mundo: esta es la segunda parte. Nada es finalmente mas fuera de razon, que el estado del hombre, hablo particularmente de todo hombre christi-

tia-

tiano, que teme la muerte, porque no hace para asegurarse contra este temor natural uso alguno de su religion: esta será la tercera parte. Esto me dará motivo á concluir con los que temen la muerte por una viva apprehension de los juicios de Dios, y les instruiré cómo deben arreglar su fé en este punto. Nada omitiré para instruirlos en todos estos puntos, y de vuestra parte estará aprovecharos de ello.

PARTE PRIMERA.

Hablando Tertuliano de los ímpios, que la Escritura llama *insensatos* (porque contra lo que les dicta su propia razon dicen en su corazon que no hay Dios: *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus.*) (a) Hace una observacion muy juiciosa, que la experiencia del siglo verifica en un todo: y es, que ninguno ha caído jamas en el error de creer que no ha habido primer Ser, ni Divinidad, sino aquellos á quienes sería conveniente y útil, que con efecto no lo hubiera habido, y hallarian sus ventajas en el sistema de este Ateísmo: *Nemo Deum non esse credit, nisi cui non esse expedit.* Yo digo lo mismo de aquellos que no juzgan las cosas sino por los sentidos, y preocupados con las falsas máximas del libertinage, ó no creen una vida futura, ó no la creen sino á medias; ninguno ha dudado de esto jamas, sino aquel que en ello tenía interes, y á quien la duda le era ventajosa; esto es, aquel cuya vida desarreglada y corrompida debía hacerle desear que no hubiese otra mas que la presente, y que todas nuestras esperanzas se acabasen con la muerte. Pero á excepcion de esta infidelidad, por mas dureza de corazon que haya, ó por mas ánimo en el espíritu con que se le acompañe, jamas libra á los hombres del temor de morir, ántes bien temen la muerte, porque no reconocen mas vida que la actual; y la

to-

(a) Psalm. 13. v. 1.

temen tanto mas, quanto su infidelidad, aunque les ha-
ce despreciar la creencia de la otra vida, no destruye en
su espíritu aquella incertidumbre cruel que les queda de
si la hay ó no.

Pues en uno y en otro estado intento haceros ver,
que son dignos de compasion; y de una compasion, di-
ce San Gerónimo, que tenga parte de indignacion, no
habiendo cosa mas digna de llorarse, que el miedo de la
muerte, fundado sobre semejante incredulidad: pues
desde que creen que no hay otra vida que la presente,
no pueden ménos de mirar con mucho horror la muer-
te, porque ya no encuentran cosa que les pueda servir
de recurso, y ya no la miran como un paso para el Rey-
no de Dios y la bienaventuranza, sino como una des-
trucción entera de sí mismos, como un anonadamiento
ó aniquilacion total del alma y del cuerpo; y por consi-
guiente, como una privacion de todos los bienes, y co-
mo el mayor de los males.

Esto es lo que la Escritura nos da á entender en el
cap. 3. del libro de la Sabiduría, en que habla de la
muerte de los Justos y Amigos de Dios; ved en qué ter-
minos se explica. Los Justos parece que mueren á los
ojos de los impíos: *Visi sunt oculis insipientium mori.* (a)
Os pido que pongais atencion en estas palabras: *Visi sunt.*
Los Justos han parecido que mueren. Porque estos con
efecto no han muerto del modo que se lo figuran los li-
bertinos y los infieles. Pero cuál es la idea que en este
asunto tienen los infieles y los libertinos? Ellos se persua-
den, añade el Espíritu Santo, que la muerte, que es
una salida de este mundo, y un viage que conduce los
Justos á su eterna felicidad, es el colmo de la desolacion
y ruina total del hombre: *Et aestimata est afflictio exi-
tus illius, Et quod à nobis est iter, exterminium.* Ved,
Christianos, el carácter de un incrédulo: él concibe la
muerte, que hablando con alguna propiedad es la vuel-

ta

(a) Sap. 3. v. 8.

ta que hacemos á la santa patria que buscamos, como si
fuera un medio para volver á nuestra nada: *Et quod à
nobis est iter, exterminium.* De que se sigue, que la mi-
ra como el objeto mas horrendo, y como la última des-
gracia; por lo que vuelvo á decir, que no hay estado
alguno mas miserable ni infeliz que este, y en esto aun
los mismos libertinos se ven obligados á convenir.

Porque qué dolor, ó por mejor decir, qué supli-
cio es para un hombre, poderse decir á sí mismo conti-
nuamente: bien pronto dexaré de ser de todo punto ó
empezaré á ser desgraciado para siempre; y no sé si se-
rá lo uno ó lo otro? Dentro de poco tiempo ya no será
nada de lo que soy, ó será lo que quisiera ser eternamen-
te, bien que inútilmente, que es el no ser. Todo mi des-
ti no en este mundo está reducido á un corto número de
días, que contra mi voluntad corren y pasan, despues de
los cuales, ó no habrá nada para mí, ó solo habrá un
mal infinito é inevitable. Puede imaginarse mayor afflic-
cion? Solo el hombre impío y sin Religion puede ha-
llarse en semejante miseria. Los Angeles (esta es una ex-
celente observacion de San Ambrosio que merece toda
atencion,) los Angeles, que tienen entendimiento
para conocerse, saben que naturalmente son incorrupti-
bles, y así no tienen por objeto á la muerte, ni les cau-
sa inquietud. Las bestias estan sujetas á la muerte, pero
como no se conocen á sí mismas, ni hacen reflexion al-
guna, ni tienen aprension alguna á morir. Los Justos,
que segun el cuerpo deben morir como las bestias, y
que se conocen como los Angeles, se sostienen con la
esperanza de una vida inmortal: pero el libertino, no
las hace ventaja alguna, pues no ignora que debe morir,
y aunque tiene un alma inmortal no lo cree, y así el co-
nocimiento que tiene de su muerte le affige, y la igno-
rancia de su inmortalidad le quita el remedio que pudie-
ra consolarle en su affliction: no tiene entendimiento
sino para turbarse; ó desesperarse; y no se conoce á sí
mismo, sino para hacerse desgraciado; porque este es

el

el estado á donde la ceguera de la impiedad finalmente conduce á los hombres por un justo castigo de Dios, para que su mismo libertinage les sirva de tormento, y no saquen otro fruto mas que el vivir en una confusion de pensamientos, que con anticipacion les representen las penas mas dolorosas del Infierno.

Pero vosotros diréis, que el impío, cuya iniquidad está consumada, y segun la expresion de Salomon ha baxado hasta lo profundo del abismo, no debe temer ya la muerte, porque no cree que haya nada despues de ella. A lo que respondo, que puede ser que él gozara de esta paz, aunque falsa y culpable, si pudiera en su error hallar un punto fijo, y si la misma impiedad que le hace dudar de todo, pudiera dexarle seguro de alguna cosa. Aun entónces, dice San Agustín, no dexaria de temer la muerte por el interés de la vida que ama, y de que se veria siempre expuesto á quedar privado sin ver nada en lo futuro, ni de parte de Dios, ni de parte de la criatura, que le reparase esta pérdida. Pero la desgracia de su estado pasa mas adelante; porque no pudiendo asegurarse de esta aniquilacion chimerica é imaginaria que se promete despues de la muerte, y no teniendo quando mas sino una opinion débil, combatida de mil dudas y preocupaciones contrarias; viviendo al acaso del sí ó del no; y corriendo no obstante su infidelidad el peligro de una eternidad espantosa, es indispensablemente necesario, que tema aquello mismo que no cree. Comprehended bien este pensamiento, que es del Canciller Gerson: es menester, digo, que tema aun aquello mismo que no cree, y este temor en cierto sentido es mas terrible para él, que el que le causaria la certeza de los juicios de Dios.

Pero su libertinage, replicareis, puede hacerle insensible á todo esto. Yo, Christianos, convengo en que su libertinage pueda llegar hasta este punto de insensibilidad, esto es, á el estado de las bestias, cuya suerte envide, y á las que apetezca ser semejante: *Homo cum in*
ho-

honore esset, non intellexit. Comparatus est iumentis insipientibus, & similibus factus est illis (a). Pero seria necesario examínar si aquella insensibilidad seria útil para él, y si aquel partido en peligro de una consecuencia tan grande le haria ménos digno de compasion, que los sobresaltos é inquietudes de un justo temor que tuviera que padecer: digo en un peligro que él mismo conoce que es peligro, y contra el qual confiesa, que no es remedio su insensibilidad. Pero sea como fuere, ello es siempre verdad, que mientras tenga algun sentimiento, aunque no crea las consecuencias de la muerte, las ha de temer. Yo intento pues hacerlos ver, que este sentimiento jamas le faltará, así como tampoco su razon; y que en los mas grandes arrebatos, ó por mejor decir, en la mayor corrupcion de su espíritu, llevará siempre dentro de sí mismo un gusano y un pensamiento enfadoso: é importuno, que le dirá interiormente: Y si tú te engañas; y si á esta muerte sensible y pasajera que destruye el cuerpo se sigue otra muerte que causa la reprobacion de tu alma; y si se verifica lo que han creído todos los Santos y Sabios del Christianismo; y si la pasion á que te entregas te ciega, y te seduce, ¿qué será de tí? Este pensamiento le turbará ínterin que viva, pero aun le hará impresiones mas vivas quando esté cercano á la muerte: porque entónces es quando la impiedad mas fiera y mas resuelta empieza á atemorizarse y á desmentirse. Entónces vemos aquellos animosos, aquellos intrépidos, y á aquellos hombres que no temian á la muerte, ni al infierno, y que en la robustez de una salud perfecta se creian con bastantes fuerzas para no inquietarse al temer á Dios ni á sus juicios: entónces los vemos manifestar flaquezas lastimosas, estar sobrecogidos del temor, caer en la desesperacion, detestar lo pasado, asustarse de lo presente, y tener horror de lo futuro; pero un horror, dice San Juan Chrisóstomo, semejante
Tom. VII. Dominicas. II te

(a) Psalm. 48. v. 13.

te al de los demonios y réprobos, que no sirve mas que de aumentar su pena, y es una parte de su condenacion.

Ah! hermanos míos, (escríbala San Pablo á los Tesalonicenses) tened presente una importante máxima, de modo que permanezca eternamente grabada en vuestros corazones. Porque no queremos que ignoreis lo que debéis saber tocante al estado de los que mueren; ó por mejor decir, de los que duermen con el sueño de la muerte; para que no tengais las tristezas y aficciones de aquellos que no tienen la esperanza que nosotros: *Nolumus vos ignorare, fratres, de dormientibus, ut non contristemini; sicut & ceteri qui spem non habent.* (a) A vosotros, amados oyentes míos, dirijo estas excelentes palabras. Os pido que pongais cuidado en comprender el sentido del Apóstol. No nos prohíbe el Santo temer la muerte; ni compadecerarnos de la muerte de nuestros amigos y de nuestros próximos, sino el afligirnos; y temer como aquellos que viviendo sin religion, viven sin esperanza de los bienes eternos: *Sicut & ceteri, qui spem non habent.* Y la razon es, porque esta tristeza y temor nacido de un principio de infidelidad, no es menor culpa delante de Dios, que la infidelidad misma. Se me permite con efecto temer la muerte, pero no sé me permite temerla por todos motivos, y soy un prevencador si la temo de un modo opuesto á la pureza de mi fe. Esto, no obstante, es uno de los desórdenes que reynan entre nosotros. En el Christianismo se ven hombres que temen la muerte, no como fieles, sino como paganos. Christianos de profesion; pero no teniendo mas que el nombre y la apariencia, discurren de la otra vida como los Epicúreos; por lo que parece que aun entre nosotros hay partidarios de aquella Secta, y Dios quiera que la reflexion que hago no pueda adaptarse á ninguno de los que me escuchan.

(a) I. Thes. 4. v. 12.

Vosotros me preguntareis, qual es el medio de preservarse de una tan reprobable y desgraciada disposicion del espíritu y del corazón? Vedlo aqui sacado de uno de los mas ilustres exemplos de la Escritura. El medio es hacer con la consideracion de la muerte lo que hacia Job en medio de sus trabajos, quando agoviado con calamidades se veia penar y morir. El medio es renovar como él aquella confesion de la fe que sostenia su paciencia y su perseverancia quando decia: *Scio, quod Redemptor meus vivit, & in novissimo die de terra surrecturus sum; & in carne mea videbo Deum Salvatorem meum. . . . Reposita est haec spes in sinu meo.* (a) Yo sé que tengo un Redentor que está vivo en el Cielo, y que resucitaré del seno de la tierra. Yo sé que veré con mi propia carne y mis propios ojos á este Dios, que es mi Salvador. Yo sé que la muerte no es para mí sino una mudanza de estado, un paso para mi alma, y un sueño para mi cuerpo. Sé que no va á despojarme sino para volverme á vestir, y que desnudándome de esta vida fragil y perecedera, ha de ponerme en posesion de una vida que no se acabará jamas. Si: yo lo sé, y esta esperanza que Dios me dexa como un depósito precioso, me consuela en mis miserias, me fortifica en mis descaecimientos, me liga á mis obligaciones, me hace invencible en las tentaciones, y no me dexa rendir á la violencia de las persecuciones. Sin esta esperanza me abandonaria á mi flaqueza en mil lances, y cederia á las rebeldías de la naturaleza; pero ella es mi apoyo, y por eso la conservo en mi corazón: *Reposita est haec spes mea in sinu meo.*

Ah Señor! exclamaba David, (este es otro sentimiento muy capaz de afirmar en nosotros la gracia de la fe) verdad es que nos habeis humillado en esta mansion de afliccion y lágrimas, sujetándonos á la muerte; pero la muerte á que nos habeis condenado, no es una verda-

(a) Job 19. v. 25. &c. 27.

dera muerte; sino una sombra de ella, con que nos habeis cubierto para hacer que llevemos las señales de vuestra justicia, o y que experimentemos á un mismo tiempo los efectos de vuestra misericordia: *Humiliasti nos in loco afflictionis, & cooperuit nos umbra mortis.* (a) No; (dice San Ambrosio, explicando este pasage del Salmo) no es la muerte del cuerpo mas que una sombra, y una representacion de la muerte: *Mors carnis, umbra mortis.* Y este es el pensamiento con que deben amarse y fortalecerse, no solamente los pecadores que por el exceso de sus culpas hubieren en algun modo perdido el don de la fe, sino tambien los Justos y amigos de Dios, cuya fe por una conducta particular de la providencia no dexa por lo comun de conmoverse con la consideracion de la muerte. Porque cuántas almas santas y predestinadas han padecido en este punto los mismos ataques que los impios mas declarados? A cuántas penosas pruebas y experiencias no ha sido voluntad de Dios exponer su Religion para hacer triunfar su gracia? Y cuántas veces un Christiano, aun en medio de sus fervores, ha podido decir del mismo modo que David: *Mi autem penè moti sunt pedes, penè effusi sunt grassus mei.* (b) A vista del espantoso caos de la eternidad que espero, casi he vuelto atrás del camino por donde iba, y mis pies han estado muy cerca de resbalarse; porque la fe que debia ser mi único apoyo, ha estado en mi razon vacilante y poco firme. Cuántas almas escogidas tienen este mismo language? Es pues necesario que estén alerta contra este espíritu de infidelidad, que seria para ellas la piedra de escándalo, y un escollo en que se encallarían. Pero vengamos ya al estado del mundano que teme la muerte, porque está apasionado por el mundo: esta es otra especie de temor de que debemos preservar nos, y es el asunto de la segunda parte.

PAR-

(a) Psalm. 43. v. 20. (b) Psalm. 72. v. 2. v. 21. (c)

PARTE SEGUNDA.

El Espíritu Santo lo ha dicho, y nosotros estamos convencidos por la experiencia clara que tenemos de nuestra miseria, y de la de los demas, que nada es más molesto, ni mas amargo que la memoria de la muerte para un hombre del mundo, que pone su reposo y su felicidad en el goce y posesion de los bienes temporales: *O mors! quam amarar est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis.* (a) Poned cuidado, hermanos míos, que San Agustin nos hace ingeniosamente observar los dos términos de que usa la Escritura. No dice que el pensamiento de la muerte causa tristeza y afliccion al que posee los bienes temporales, sino al que ha establecido su paz y su felicidad en la posesion de ellos: *Homini pacem habenti.* Ademas de que para expresar estas clases de bienes no los llama simplemente tales, sino que les da el nombre de substancia, queriendo significar por este medio la falsa idea que de ellos tenemos: *In substantiis suis.* Porque los Justos que tienen el espíritu de Dios, consideran estos bienes como accidentes de poca monta, sin los que fácilmente pueden pasar; cuya posesion tienen hoy, y mañana no tendrán; cuya pérdida podrá causarles alguna alteracion leve, pero sin perjuicio de la consistencia firme é inmóvil que la gracia les da; pero los mundanos apasionados por estos bienes terrenos, hacen de ellos su principal y capital asunto, refiriéndolo todo á estos bienes, no midiéndose, ni obrando sino segun ellos; no apoyándose, ni contando sino con ellos, como si ellos hubieran sido hechos para estos bienes, y no estos bienes para ellos: *Homini pacem habenti in substantiis suis.* A los hombres pues de este carácter, y no absolutamente á los grandes, ni á los ricos, es á los que la memoria de la muerte causa horror, y para los que es

(a) Eccl. 4r. v. 1.

(2)

tá llena de amargura: *Quam amara es memoria tua?* Porque como dice San Juan Crisóstomo, discuriendo sobre estas palabras de la Escritura, se han visto entre los Christianos grandes y ricos, que por un efecto de la gracia poderosa de Dios han meditado en la muerte con gusto, han oído hablar de ella con alegría, y han recibido la noticia de estar á ella cercanos sin turbacion: porque aunque ricos y grandes, no se fixaban sus deseos en las riquezas, ni en las grandezas humanas, las poseían sin apego, y las perdían sin pesadumbre; pero no se han visto jamas grandes ni ricos apasionados á lo que eran, y poseían, ni aun pequeños y pobres inclinados á lo que no eran, ni poseían, que no se espantasen y atemorizasen de la memoria de la muerte. Con efecto, Christianos, este es un pensamiento extraño y doloroso para un hombre del siglo que vive con comodidad, que se mira bien establecido en el mundo, que se halla condecorado con un empleo ó dignidad honrosa, que de nada carece para mantenerse con esplendor y lucimiento, y que con la opulencia, la reputacion y la estimacion que tiene, todo lo puede, y es superior á todos. Qué pensamiento es para él reflexionar en medio de todas estas felicidades: *necesario es morir!* No hablemos de estas fortunas tan grandes y tan completas, que hacen felices en la tierra, pues como en el día son muy raras, no se extenderia á muchos esta doctrina. Hablemos de aquellas fortunas ménos brillantes y mas comunes. Qué pensamiento será para un hombre aun de la Plebe, que ve su familia abastecida, que tiene bienes suficientes, que los goza, y se honra con ellos, que no tiene fatigas ni cuidados, con salud, fuerzas y edad robusta: (pues de este modo es como el Sagrado Texto nos lo pinta en las siguientes palabras: *Viro quieto, & cujus via directa sunt in omnibus, & adhuc valenti accipere cibum*) (a) qué recuerdo, digo, será para este mundano esta triste

(a) Ecl. 41. v. 2.

te y desconsolada consideracion, *necesario es morir!*

En esto me parece digno de compasion, no solamente porque estando prendado con toda su alma y su corazon de los bienes de la tierra, tema la muerte, sino porque mirándola, esté tan ciego, que se dexé prender de unos bienes que pasan con tanta ligereza, y de los que aun la necesidad de morir no le desprende. En esto lloro su ceguedad; pues si la vida presente hubiera con efecto de durar siempre, yo no me admiraria de que hubiese ambiciosos y avaros sujetos á las pasiones desahregadas que les dominan; porque aunque en el día son vanas y frívolas estas pasiones, comprehiendo qué entonces vendrian á ser serias y prudentes, y que desembarazados de la memoria de la muerte, podriamos hacernos un sistema de prudencia en seguir y contentar nuestros deseos; porque entonces tendríamos derecho para tener y contar por real todo lo que el mundo tiene de superficial y aparente, y aun nuestra razon misma empezaria á ponerse de acuerdo con el deseo y ambicion que nos dominaria. Aun digo mas: con que hubiéramos de vivir tanto como los Patriarcas fundadores del mundo, á quienes siglos enteros (segun el testimonio de la Escritura) no eran mas que la flor de su edad, y sin vejez ni decrepitud velan una dilatada y numerosa série de generaciones, puede ser que consintiese en que tuviésemos algun zelo y cuidado por los bienes temporales, pues la distancia del fin parece que en alguna manera nos justificaba: bien que aun entonces deberíamos moderar nuestras inquietudes, y reprimir nuestra codicia con la consideracion de la muerte, que por mas distante que estuviera, siendo al fin cierta y segura, nos habia finalmente de llevar; y esta es la excelente observacion de San Gerónimo, que os pido hagais con él. Dice el Santo, que por esto Moyses en el Génesis, haciendo el cómputo de los años que cada uno de aquellos primeros hombres habia vivido, añadia siempre esta conclusion general: *Et mortuus est*, y murió. Noé vivió novecientos años, y murió; Seth tantos años, y murió; y así de todos

dos los demas. Por qué pues esta adición, y *muirio*? No se entendia bien, y no era expresarlo bastante señalar el espacio de tiempo que habia durado su vida? Ah! responde San Gerónimo; esto era para enseñarnos, que aun quando hubiéramos de vivir millares de siglos, haríamos siempre mal en apasionarnos por los bienes presentes, porque siempre se diria de nosotros con verdad, y *muirio*: y esto solo debería corregir el exceso de nuestros afectos, y romper todos nuestros lazos. Yo convengo en todo lo dicho, amados oyentes míos; y no permita Dios que intente en manera alguna contradecir el dictámen de este Santo Doctor: pero es menester confesar, que en la suposición de una vida de muchos siglos; nuestra inclinación y afecto à los bienes temporales, tendrían algun pretexto y excusa; pero siendo nuestra vida ceñida à un número tan pequeño de dias, y ligándonos à una vida corta y pasagera, como nos ligamos, igualmente que à sus bienes, en verdad que no somos en esto sábios, y no tenemos nada que nos pueda justificar, no digo yo delante de Dios, pero ni aun con nosotros mismos, ni en nuestro propio tribunal. No es esto un encanto, y hablando con el Espíritu Santo, no es un hechizo? *Fascinatio iugacitatis* (a). Ah! qué insensato eres: en esta noche misma se llamará à juicio tu alma; en ella morirás; y para quién será entonces todo lo que has amontonado? Así se le dixo en el Evangelio à aquel rico, que intentaba disfrutar tranquilamente, y por largo tiempo el fruto de sus trabajos y fatigas: *Stulte, hac nocte animam tuam repetens à te; que autem parasti cuius erunt?* (b) Ved (observa San Bernardo) el nombre que da el Espíritu de Dios al que pone su corazon en los bienes de la tierra. No le reprende expresamente su flaqueza, ni su poca Religion y fe, sino su necesidad, *Stulte*; porque esta sola palabra comprehende todos los vituperios, y aun los sobrepaja: pues

(a) Sap. 4. v. 12. (b) Luc. 12. v. 20.

haber de morir, y entrafarse en los bienes de la vida con tanto exceso que se hagan el único objeto de sus deseos, es perder el sentido.

Tú pues amado oyente mio, no debes admirarte, ni llevar á mal si yo te trato en el día como á aquel hombre del Evangelio; y si te digo, no obstante lo sábio y prudente que puedas ser segun el mundo: *Stulte*, insensato, por qué tienes ese cuidado excesivo con tu cuerpo, que bien pronto será pasto de gusanos? Por qué tienes esos vastos designios, que la muerte dentro de poco ha de trastornar, y hará desaparecer? Por qué buscas tanto el engrandecerte y ensancharte, quando al fin de pocos dias, seis pies de tierra te serán bastantes? Quando la concupiscencia se inflame en vuestra alma, decia San Pablo, y dominando á vuestra razon os embriague con las cosas visibles, sabéis cómo podreis apaciguarla, y detener sus impetus? El medio será pensar de este modo: nosotros no tenemos aquí habitación permanente sino mientras vivimos; en este cuerpo mortal estamos fuera de nuestra patria, y debemos mirarnos como pasajeros. A consecuencia de esto, si se vé á un caminante que toma intereses en todo lo que le ocurre en su camino, que toma á pechos muchas cosas; que por ellas se agita, se afflige y desconuela; qué idea se formaria de él? Pues esto es lo que nosotros hacemos; esto nos inspira unos temores tan vivos de la muerte, y en nuestros temores y sustos nos hace tan dignos de compasion; porque dexarse sorprender de bienes falsos y aparentes, y acarrear por este motivo, considerando la muerte, sobresaltos y fatigas reales y efectivas, es una ilusion, que en el órden de la providencia puede muy bien mirarse como castigo. Quando el Apóstol estaba en esta tierra de destierro, deseaba sin cesar verse al fin de su carrera, porque no tenia partido alguno, y tenia el corazon libre y desembarazado de todos los objetos materiales y mortales: *Quis me liberabit de corpore mortis hujus?* (a) Y si nosotros no estamos con

Tom. VII. Dominicas.

(a) Rom. 7. v. 24.

esta misma disposicion, ó por mejor decir, si estamos con una disposicion totalmente contraria, nos conviene muy bien: lo que añade este Doctor de las Gentes *Ingenitissimus gravari, eo quod nollimus expoliari.* (a) Nosotros gemimos y suspiramos á vista de la muerte; las enfermedades y los males que son sus anuncios y presagios, y nos advierten que se acerca, nos llenan el espíritu de imagenes tristes, y nos obligan á prorrumper en profundos suspiros, porque no queremos ser despojados de los bienes que tenemos, y en muriendo es necesario dexarlos.

Qué espectáculo, amados oyentes míos, ver á un rico mundano luchar con la muerte, y que hasta el último instante se defiende de ella! La muerte le echa del mundo, y él quisiera habitar siempre en aquellas vistas y magníficas salas, que son obra de sus manos, ó digamoslo mejor, de su vanidad y de su luxo: aun tiene en su corazon una inclinacion que hacia toda la dulzura y consuelo de su vida, y la muerte se la arranca con impiedad: aun tenia sus miras para el adelantamiento de su fortuna; tenia formados sus proyectos, que iba prontamente á poner en planta, y la muerte en un instante los desconcertó, y lo descompuso todo. De qué se halla conmovido? De esta salida del mundo, de esta separacion, de este trastorno, y de esta ruina y desastro tan repentino y universal. Ah hermano mio! esto es lo que temo de tí; ver que lo que entonces causará tus aflicciones y tristezas, son aquellas mismas pasiones que han sido causa de tus culpas y desórdenes durante la carrera de tus años. Si temieras la muerte por otros mil motivos que pueden hacerla temer á los pecadores, yo me consolara, y estaria en la obligacion de enseñaros á que os aprovechaseis de este temor. Si con la apprehension de la muerte trabajarais en reprimir las pasiones, y romper voluntariamente aquellas malas costumbrés é inclinaciones que os ligan á la vida; os daría la enhorabuena y alabaria por ello á Dios; pero que no améis

(a) 2. Cor. 5. v. 2.

sino: lo que os ha perdido hasta el presente, y acabará de perderos, por esto vuestro estado me parece digno de llorarse; y muy terrible.

¿Qué es menester hacer, y qué debemos inferir de todo lo dicho? Morir desde ahora con el espíritu, para no temer tanto morir con efecto: cerrar los ojos á esta figura del mundo que nos deslumbra y pasa, para no tener tanta dificultad en dexarla pasar, y no padecer entónces violentas agitaciones: apartar nuestro corazon, desembarazarlo y desprenderlo de quanto será preciso dexar algun dia. Si me decís: Es natural temer la muerte, voy á responderos, hablando con los que temen la muerte por un impulso de la naturaleza, y no hacen uso alguno de su Religion para fortalecerse contra este temor; y esta es la tercera parte.

PARTE TERCERA.

Bien sé, Christianos, y no puedo dexar de convenir en que la naturaleza ha impresso en todos los corazones de los hombres, sin exceptuar los sabios, ni los Christianos, un sentimiento é interior conmocion de temer la muerte, y de mirarla con espanto. Pero sé tambien que en todos tiempos han hallado los sabios medio para corregir sobre este punto la naturaleza con la naturaleza misma, y que se han asegurado con su propia razon contra todas las razones que á ellos les figuraban estos temores involuntarios, de que querian libertarse. No somos pues muy dignos de compasion, si no hacemos con los socorros de la gracia, y luces del Christianismo lo que aquellos Filósofos han hecho con solo la luz natural, y si tenemos menos fortaleza en la verdadera Religion, que ellos han manifestado tener en la idolatria y en la supersticion?

Porque hablando con sinceridad, yo estoy admirado, y vosotros debéis estarlo del mismo modo, al considerar lo que aquellos Paganos han pensado, y lo que han executado por lo que mira á la muerte; y las exce-

lentes ideas que de ella han concebido, juntamente con los generosos esfuerzos de magnanimidad y constancia con que los han sostenido. Unas veces intentaban convencer que era un temor ridículo el de la muerte; habiendo ya muerto tantas veces, y muriendo todos los días: *Nos mortem vniculè timeamus toties jam mortui, & morientes*, dice Séneca. Qué querían decir con la expresion de, que habian muerto tantas veces? Que tantos años como hemos vivido, y no volverán jamas, son otras tantas porciones de tiempo cortadas de nuestra vida, y como otras tantas muertes por las que hemos pasado. Qué querían decir con aquella expresion, y muriendo todos los días? Que cada momento que pasa es una prueba continua de la muerte: *Toties jam mortui, & morientes*. Otras veces se admiraban, cómo podia temerse por tan largo tiempo lo que debía durar tan poco; y cómo este instante de la muerte, que es casi imperceptible, podia alterar y turbar toda la paz de nuestra alma: *Quomodo quod tan cito fit, timeatur diu?* Otros se proponian por principio, que haciendo la muerte justicia á todo el mundo, y dando á cada uno satisfaccion de las injurias que asegura ha padecido, era agravio quejarse de ella: *Quid mortem quereris? Mors sola ius æquum generis humani*. Con efecto, las desigualdades tan odiosas de la fortuna; las distinciones tan ciegas del favor; los abatimientos del mérito y de la virtud; las elevaciones de los mas viles sugetos; y en fin, las iniquidades del siglo que nos irritan, y excitan nuestra indignacion, todo ha de cesar con la muerte, y de ella únicamente debemos esperar ver el fin de todo esto; y esta esperanza es uno de los consuelos mas dulces en las desgracias de la vida: *Mors sola ius æquum generis humani*. Otras veces mostraban que la muerte, que es el término comun en que paran todos los hombres, servia de remedio á muchos, la deseaban algunos, hacia la dicha y felicidad de otros; y que en quanto á lo demás, nunca debía recibirse mejor, que quando venia ántes que estuviera uno reducido á la necesidad de desealarla: *Mors omnibus finis, multis rec-*

medium, quibusdam votum, de nullis melius emerita, quam de his ad quos venit antequam invocetur.

Y tenia razon; porque qualquiera que con seriedad atiende á todas las miserias de que la muerte nos desembaraza, y á todas las penas y trabajos de una larga vida, inferirá fácilmente que la brevedad de nuestros dias es una de las gracias de que somos deudores á la providencia. Pero diré mas todavía? Sí: porque otras veces conceptuaban la muerte como una dichosa libertad, despues de un triste cautiverio; otras como la vuelta de un penoso destierro; otras como licencia despues de una milicia laboriosa; y otras finalmente como una pronta y perfecta curacion; así se les representaba, y así nos la han pintado. Pero todo esto (respondereis) no eran mas que especulaciones, palabras huecas y ostentosas, que no impedian á aquellos sábios de la Gentilidad tener horror á la muerte, y huirla. Os engañais, Christianos; estas no eran palabras vanas, y especulaciones estériles, sino que eran para ellos razones eficaces que los persuadian, y por lo comun los convencian hasta el exceso: porque muchas veces llegaron á ser homicidas de sí mismos, y á fundar en ello su honor, su placer y su virtud. Es verdad que era un error del Paganismo; pero nuestra confusion es, que teniendo estos Paganos bastante grandeza de alma, y firmeza para amar la muerte y buscarla, nosotros siendo Christianos, tenemos tan poca, que no la dexamos de temer.

Digo, que en esto se manifiesta nuestra flaqueza, porque la Religion que profesamos nos subministra motivos muy poderosos para hacernos suave la muerte, y para que la esperemos con ojos tranquilos y serenos. Porque observad, que todo lo que dixeran aquellos infieles, y todo lo que acabo de inferir de su moral, eran producciones del espíritu humano, discursos, y sofismas con que su orgullo se lisongeaba, pero en el Christianismo tenemos razones mas sólidas, y mas capaces de penetrar nuestros espíritus, y derramar en nuestros corazones una abundancia de gracia á favor de la muerte,

y de sus ventajas. Si quereis saber quales son, yo os las diré, segun la fe nos las propone, y segun debemos proponerlas. Las razones sólidas que tenemos, son considerar á Jesu-Christo que muere, la esperanza del Reyno de Dios, el exemplo de los Santos y de tantos Justos, y los tesoros infinitos de la gracia con que puede la muerte enriquecernos, y si no hacen impresion en nosotros, qué será lo que nos mueva? Pero volvamos á seguir el asunto.

La primera razon sólida es considerar á Jesu-Christo que muere siendo Dios inmortal por su naturaleza; y sé vistió de nuestra carne (segun la Teología de San Pablo, y segun su expresion) para gustar la muerte, y gastándola quitarla toda su amargura: *Ut gratia Dei pro omnibus gustaret mortem.* (a) Y no obstante, Christiano flaco y débil, esta muerte parecerá amarga? Jesu-Christo la padeció por tí, y aun te parecerá duro padecerla por él, y despues de él? Por mas cuidado que tuvo en derramar sobre ella una dulzura divina, tu la repugnas como si fuera un Caliz lleno de hiel y acibar. Por mas que el Apóstol se felicite, de que la muerte fue como aniquilada y despojada por el triunfo de este Hombre Dios sobre ella: *Absorpta est mors in victoria:* (b) y por mas que la desafe, y con una especie de insulto (que nada tiene de presuntuoso) la pregunte, ó muerte, dónde está tu victoria, y dónde está tu estímulo? *Ubi est mors victoria tua? Ubi est mors stimulus tuus?* nada de esto nos mueve; porque la muerte queda siempre victoriosa de nuestra flaqueza, siempre tiene para nosotros la misma fuerza, el mismo ahijon ó estímulo? y aun podria decirse, que la virtud de la Cruz y muerte del Redentor está aniquilada en algun modo. El privilegio de los Christianos unidos á Jesu-Christo es de morir, y no sentir el tormento ni la afliccion de la muerte: *Et non tanget illos tormentum mortis.* (c) Pero nosotros

(a) Hebr. 2. v. p. (b) 1. Cor. 15. v. 54. (c) Sap. 3. v. 1.

tros renunciarnos este privilegio; y por una pusilanimidad indigna de nuestra fe, no solo sentimos el tormento de ella, sino que nos le anticipamos, y nos le aumentamos.

Tampoco nos convence, la esperanza del Reyno de Dios, de aquel Reyno de los Cielos, adonde sabemos que no podemos entrar sino despues de la muerte, porque el mismo Dios nos lo ha declarado: *Nemo videbit me, & vice.* No es pues digno de admirar, que entre las peticiones que hacemos á Dios, una de las primeras y mas importantes sea que nos venga su Reyno: *Adveniat regnum tuum;* (a) y que al mismo tiempo por una visible contradiccion deseemos con tanta ansia retardar quanto sea posible la venida de este Reyno? No es cosa extraña que debiendo ser nuestro Soberano y único bien el Reyno de Dios, temamos su cercanía, como si fuese nuestro mayor mal? Quando el Patriarca Jacob en su extrema vejez vió á su hijo Joseph colmado de honor y gloria, y dominando todo Egipto, nos enseña la Escritura, que lleno de alegría exclamo: Ah hijo mío! ahora moriré contento, porque te vuelvo á ver: *Jam lætus moriar, quia vidi faciem tuam.* (b) Es posible, hermanos míos, dice San Bernardo, que la muerte parecia dulce á aquel Padre, porque por un instante vió el semblante de su hijo querido; y nosotros á quienes la muerte debe ocasionar la felicidad eterna de contemplar á Dios mismo, manifestar su gloria, descubrir aquel objeto de bienaventuranza que ojos no han visto, ni el corazón del hombre nunca ha comprendido; nosotros que con esta esperanza debiamos decir: Ah Señor! yo moriré sin dificultad ni pena, moriré con alegría, pues por este medio gozaré de vuestra Divina presencia: *Jam lætus moriar, quia visurus sum faciem tuam;* en lugar de hablar de este modo, y de pensar así, nos acobardamos y conternamos con solo la idea de la muerte, y nos estire-

(a) Matth. 6. v. 10. (b) Genes. 46. v. 30.

tremecemos al menor peligro que nos acarrea á ella, ó que nos la acerca?

Aun no es esto todo; porque tenemos tambien el exemplo de los Santos, y de tantos Justos. No tenemos los mismos socorros que ellos para afirmarnos y fortalecernos contra la muerte? De qué nace pues que tengamos á toda hora un idioma tan distinto, y aun tan contrario al que tenían aquellos Siervos de Dios? Escuchad á David en la antigua Ley: *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est.* (a) Ay de mí, que mi destierro se ha alargado, y no sé quando se acabará! *Multum incola fuit anima mea;* (b) yo estoy lleno de tristeza y disgusto en la tierra, porque esta es una tierra extraña para mí. *Quando veniam, & apparebo ante faciem Dei?* Dichoso será el instante en que yo me presentare delante de mi Dios! Yo lo espero, lo deseo y lo pido. Así se explicaba este Profeta y Rey Santo; y cuántos otros en la Ley nueva han tenido los mismos afectos y deseos, y se han valido para expresarlos de las mismas palabras? Pero nosotros dispuestos de otro modo, decimos que nuestro destierro dura muy poco; quisieramos permanecer eternamente en este mundo, y hacerle nuestra patria; nos lamentamos, porque nos vemos obligados á salir del él: esta salida nos desconsueta, y para dilatarla hacemos los votos mas vivos y fervorosos.

La última razon que tenemos para convencernos son los tesoros de méritos con que la muerte puede enriquecernos. Porque qué virtudes no podemos practicar en ella? Por la consideracion de la muerte hacemos á Dios el sacrificio mas heroico, que es el de nuestra vida, y por él venimos á ser en algun modo semejantes á los Mártires. Aceptándola con libertad y gusto, damos á Dios un testimonio de la sumision mas generosa, y le rendimos la obediencia mas perfecta, porque esta se estiende hasta la destruccion de nosotros mismos. En medio de

los

(a) Psalm. 119. v. 5. (b) Ibid. v. 6.

los dolores de la muerte empezamos á satisfacer á la justicia de Dios, recibiendo la sentencia de nuestra muerte con espíritu de penitencia; ofreciéndosela, no solo como una satisfaccion general y comun del pecado de nuestros primeros padres, sino como una satisfaccion particular y personal de nuestras propias culpas; consintiendo para reparar nuestra avara codicia, en quedar desnudos y despojados de todo en el seno de la tierra; para reparar nuestras vanidades y soberbia, en ser sepultados en las lobregueces y polvo del sepulcro; y para reparar nuestras sensualidades, y nuestros placeres criminales en venir á ser pasto de gusanos. Por este medio, uniendo nuestra muerte con la de Jesu-Christo, entramos á participar de las gracias superabundantes que aquel Dios Salvador ha encerrado en su Cruz, como en un manantial inagotable. Pero quién puede decir de qué riquezas espirituales no se vé colmado algunas veces un moribundo? de qué inspiraciones, aun sin esperar la hora de la muerte, se halló penetrado y animado un Cristiano, quando anticipando su último dia, se pone en ciertos dias y ratos con el espíritu en el lecho de la muerte, y se presenta á Dios como una víctima que le está destinada, y que le debe ser sacrificada? Esto que nos es tan saludable y meritorio para con Dios, quando sabemos hacer buen uso de ellos, por qué fatal casualidad llega á ser motivo de nuestra aversion? Una cosa sola parece que puede, segun la Religion misma, y segun los principios de la fe, justificar este temor excesivo de la muerte, y es el temor de los juicios de Dios; pero voy á satisfaceros en este punto, y hacer de ello una conclusion corta de este discurso.

Yo debo, Christianos oyentes, convenir en lo que acabais de oír, ya porque á la muerte se sigue una eternidad dichosa ó desgraciada, y ya porque es ella la que decide para siempre de nuestro destino en aquella eternidad; pues en el instante de morir debemos ser presentados delante del Soberano Juez para darle cuenta exacta de toda nuestra vida, y recibir por una senten-

cia definitiva la recompensa ó el castigo; estos pensamientos y reflexiones, que son los puntos fundamentales de nuestra fe, representados vivamente en nuestros espíritus, y meditados bien, incluyen en sí motivos para hacernos temblar, y para sobrecogernos con un justo temor. Pero no obstante, mi proposición no dexa de subsistir, é intento convenceros siempre, de que si este temor nos predomina, si es un temor puro que no admite consuelo, y no tiene el temperamento de la gracia, que le debe dar la esperanza cristiana, aun en la persona de un pecador por mas santo y justo que parezca este temor; aun somos dignos de compasion; porque siendo Christianos nos hace la fe encontrar en la muerte misma recursos (si se me permite explicar de este modo) contra estos juicios tan formidables de Dios. Pero lo mas digno de lastima en nosotros es, que hallándose todo esto en la muerte, nosotros no obstante jamas lo encontramos en ella, y no escuchamos la fe sino á medias sobre un asunto en que podemos hacer que se corrija á sí propia, oponiéndole á las verdades espantosas que nos enseña, otras verdades de consuelo que tambien nos dá. Me explicaré.

Es una excelente reflexion de San Agustín, que debemos tener con proporcion los mismos sentimientos y afectos de la muerte, que los que tenemos de Dios. Dios (observa este Santo Doctor) es á un tiempo mismo digno de amarse, y digno de temerse. Es digno de amarse, porque es un Dios de misericordia y de bondad; y es digno de temerse, porque es un Dios de Justicia, y segun la expresion de la Escritura, el Dios de las venganzas. Como digno de temerse, quiere ser temido; y como digno de amarse, quiere ser amado. Pues así (continúa el mismo Padre) es la muerte, porque tiene dos semblantes del todo distintos: se ha de temer por una parte, y por otra se ha de desear. Se ha de temer, porque puede ser para nosotros el principio de una desgracia eterna; pero se ha de desear, porque segun las intenciones de Dios, nos debe poner en posesion de la inmortalidad y de la gloria. Es menester, pues, que la temamos,

y que la amemos á un tiempo mismo; es decir, que la hemos de temer con un miedo acompañado de amor, y que la hemos de amar con un amor acompañado de miedo. Y aun mas añade San Agustín; que así como Dios (que es digno de amarse y de temerse) quiere, hablando absolutamente, ser mas amado de los hombres que temido, así tambien debemos amar mas la muerte, que temerla: y como Dios no se daría por bien servido ni honrado de nosotros, si le temiéramos mas que le amáramos; del mismo modo puede decirse, que no estamos en una disposicion perfectamente cristiana, si tememos la muerte mas que la esperamos; porque nuestro temor y nuestro amor respecto de ella debe medirse por nuestro amor y nuestro temor respecto de Dios. Es menester, pues, temer la muerte con un espíritu de fe; pero aun es mas necesario esperarla y desearla con el espíritu de la fe. Este es el discurso de San Agustín.

No es esto decir que los Santos no hayan temido la muerte, ó por mejor decir, sus conseqüencias. Porque el mismo San Pablo, que manifestaba tanto deseo por romper la prision de su cuerpo, reconocia no obstante, que era una cosa terrible caer en las manos de Dios vivo: *Horrendum est incidere in manus Dei viventis.* (a) Y el mismo David, que pedía con tanta instancia ver á Dios, no dexaba de buscar un asilo donde pudiera ponerse á cubierto de su ira: *Quò à facie tua fugiam?* (b) No obstante, por mas indecisos que pareciesen entre estos diversos movimientos de amor y temor, el deseo los arrastraba, y no podían libertarse de desear la muerte, considerando que este era el camino para ir á Dios. Por esto San Gerónimo, que tal vez fué entre los Santos el mas temeroso de los juicios de Dios, fué no obstante uno de aquellos que suspiraron mas porque se acabase su mortal vida. Es cosa digna de admiracion ver como pedía la muerte, y con qué expresiones la llamaba. Oído

LI 2 ca

(a) Hebr. 10. v. 31. (b) Psalm. 138. v. 7.

en una Epístola de Eusebio al Papa Dámaso, que conservamos como uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad: *Veni, amica mea, soror mea Sponsa. Ven* (decia este gran Santo hablando con la muerte) ven tú á quien yo quiero como á mi amada, como á mi hermana, y como á mi esposa. *Indica mihi quem diligit anima mea.* Conducéme al único tesoro de mi alma; porque tú sola puedes hacerme este buen servicio, y manifestarme el lugar donde reposa: *Ostende mihi, ubi cubat Christus meus.* Tú estás rodeada de tinieblas (proseguía el mismo Padre) pero esas tinieblas me descubrirán la luz eterna, y por eso tienes para mí tanto encanto: *Nigra es, sed formosa.* Tu eres terrible á los Reyes de la tierra, y á los mundanos que cifnen todas sus esperanzas á esta vida: *Terribilis apud Reges terra.* Pero para mí vienes á ser tanto mas agradable, quanto yo en este mundo tengo menos pretensiones. Así se explicaba San Gerónimo, así temía la muerte; y por poca fe que nosotros tengamos, así debemos temerla, ó por mejor decir, así debemos desealarla.

Pero tú me dirás, que temes la muerte porque eres pecador; que la temes, porque estás actualmente en el desórden de la culpa, y en desgracia de Dios; porque eres frágil, y puedes en cada instante perder la gracia; porque estás expuesto á ocasiones peligrosas, y á toda la corrupción del mundo; y que finalmente la temes, porque por bien que puedas obrar, estás siempre incierto de tu estado delante de Dios, y no sabes si eres digno de odio ó de amor. Estas son todas las disposiciones en que el temor de la muerte podría ser con mas pretexto autorizado por la fe. A lo que te respondo, que aun con todas esas disposiciones, á qualquiera que quiere consultar la fe, y obrar segun ella, debe la consideración de la muerte serle amable, y que siempre hallamos en ella manantiales fecundos de esperanza y confianza para moderar el exceso de nuestros temores. Con efecto, yo soy pecador, me digo á mí mismo desde luego, y esta razon es justamente por la que me debe ser dulce la con-

consideración de la muerte, porque esta es el medio mas seguro para preservarme del pecado, y para resistir á las tentaciones de él. Yo debo, pues, mirarla, no solo como una gracia, sino como una de las gracias mas misericordiosas, como un efecto de la bondad infinitamente misericordiosa de Dios, como un remedio poderoso, y casi infalible que me ha querido subministrar. Ah Señor! en qué vendría yo á parar, si esta consideración de la muerte, que me mueve, me arregla y me gobierna; llegase á abandonarme para siempre? En qué desórden no me precipitaría, y á qué no me arrastraría mi pasión? Yo estoy en el desórden de la culpa, y por esto mismo debo mirar y meditar continuamente en la muerte. Qué consecuencia es esta? La mas natural: porque si hay alguna cosa capaz de convertirme y hacerme salir del espantoso estado en que he caído, es la muerte bien mirada y considerada: porque la memoria, ó por mejor decir la gracia que está unida á esta memoria de la muerte, es la que ha obrado en todos tiempos en el Cristianismo las mayores conversiones. La muerte representada con viveza en el espíritu es la que ha humillado el orgullo de las almas mas fieras; la que ha hecho de los corazones mas inflexibles y duros, corazones contritos; y la que ha sujetado al yugo de la penitencia los pecadores mas indóciles. Por qué medio un pecador de este carácter se ha acostumbrado á conomverse? Por la consideración de la muerte; y si alguna vez he de volver yo de mis extravíos, y me he de acercar á Dios, no es este el medio? Por qué, pues, no me emplearé voluntariamente en considerar la muerte, y por qué no fundaré en ella el consuelo mas sólido y eficaz? Yo soy frágil, y puedo á cada instante perder la gracia; pero qué se infiere de aquí? Que debo sin cesar ocuparme en considerar la muerte, pues esto será el apoyo de mi fragilidad; y porque llevando este precioso tesoro de la gracia en un vaso de tierra, solo la consideración de la muerte puede afirmar mis pasos, y darme alguna seguridad. Es, pues, ser enemigo grande de mí mismo, y de mi salvacion, si

huyo esta consideracion , y si la temo como un asunto de tristeza y de abatimiento. Yo estoy expuesto á mil peligros , y los escándalos del mundo , que me cercan por todas partes , son otros tantos escollos que no sabré evitar. Este es un error , si lo creo así. Evitaré estos escollos con la consideracion de la muerte , y esta consideracion saludable me salvará del diluvio de iniquidad , que en el día inunda el siglo. Sea , pues , que yo mire por el interes de Dios , ó sea que me mueva el mio propio , la muerte debe ser para mí la mayor ventaja , segun uno y otro respeto. Por el interes de Dios ; porque ella me pone en un estado en que no soy capaz de ofenderle. Por el mio propio ; porque en este estado no es ya el mundo capaz de corromperme. Por qué os parece que nos enseña Salomon , que el Justo fué arrebatado muchas veces del mundo en sus primeros años , sino porque la malicia del siglo pervertido no le infestase con su veneno , y no fuese seducido por el brillo engañoso de la vanidad? *Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus , aut ne fictio dociperet animam illius.* (a). Pero finalmente , no sabemos si somos dignos de amor ó de odio. Vos , Dios mio , lo habeis querido así para tenernos en mayor dependencia de vuestra gracia ; pero por lo demas , en medio de esta incertidumbre nos hace hallar la consideracion de la muerte todo el reposo que podemos tener en esta vida ; porque nos hace tomar las medidas necesarias para mantenernos en vuestro amor ; en dos palabras , ó somos pecadores , ó somos justos. Si somos pecadores , la consideracion de la muerte nos trae otra vez á los caminos de Dios ; y si somos justos , ella nos confirma y nos asegura en ellos. Si somos pecadores , nos excita á la penitencia ; y si somos justos , nos asegura el don de la perseverancia. Si finalmente somos pecadores , la consideracion de la muerte nos hace justos ; y si somos justos , nos impide el ser pecadores. De este modo caminaremos

con

(a) Sap. 4. v. 11

con seguridad y tranquilidad ; temeremos la muerte sin flaqueza , y la desearemos sin presuncion ; y hallaremos motivos para alabar á Dios aun en los efectos de su justicia , y nos haremos por ella un medio de santificacion en este mundo , para obtener en el otro la felicidad eterna á que nos conduzca , &c.

COM-